

dida y desmenuzada, puede apostarse diez contra uno a que se perderán las fuerzas alemanas existentes, porque la incapacidad tradicional de quienes disponen de ellas, ha de procurar que sean empleadas a destiempo y en lugar equivocado. Hasta la insuficiencia de Federico Guillermo II y III nada tenían de sorprendentes. El que conoce la historia alemana debía esperar algo así. Esto también estaba dentro de las líneas de la tradición y de la evolución.

El destino histórico se había cumplido. Con mucha mayor razón que en 1648, se podía preguntar ahora: ¿existía aún una esperanza, un porvenir?

CAPÍTULO UNDÉCIMO

El despertar de la personalidad alemana — El florecimiento del espíritu alemán — La poesía — La música — Federico el Grande — El cosmopolitismo — La desilusión — La dominación extranjera — Prusia y Alemania — La liberación — La reconstitución de Alemania — La confederación alemana.

El 7 de julio de 1807, se concertó en Tilsit la paz entre Francia y Rusia, a la que Prusia tenía que someterse, y que sellaba la aniquilación de Alemania.

Esto era lo que había hecho del país la política de los príncipes, de los gobiernos y los hombres de estado, no en una hora desdichada, no sorprendidos y violentados repentinamente por el destino, sino en siglos de larga labor, anudando una generación a otra, perpetuando los unos a los otros, en una evolución estrictamente lógica, que, a pesar de reacciones ocasionales, proseguía infaliblemente hacia su meta final. Se puede decir sin exageración: en julio de 1807 halló su conclusión provisional lo que había comenzado seis siglos antes. La liquidación estaba completa. Todavía quedaba un saldo; pero lo que, en una aparente independencia, aun mantenía vivo el recuerdo de una Alemania anteriormente libre, se asemejaba más o menos a Polonia, tal cual era entre el segundo y el tercer reparto.

En el invierno siguiente (1807-08), un filósofo dió en Berlín una serie de conferencias, que aparecieron en seguida también impresas: "Discursos a la Nación Alemana", de Johann Gottlieb Fichte. El autor se dirigía —como lo

declaraba en forma expresa— “a los alemanes, simplemente, dejando de lado y desechando por entero todas las diferencias escisionistas, que han provocado en mi nación, desde siglos, acontecimientos desgraciados”. Quería que sus palabras, “pudieran encender, en todas las regiones, los corazones alemanes, decidiéndolos para la resolución y la obra”. Frente a la desdicha atraída sobre Alemania por sus gobernantes, llamaba a la nación a la defensa de sí misma.

¡La nación!... ¿Existía, pues, una nación alemana? Poco antes, Federico Nicolai, amigo de Lessing, había contestado negativamente a la pregunta, definiendo el sentimiento nacional alemán, como “una quimera política”. Desde el punto de vista del derecho público tradicional y de la realidad política, tenía razón. Pero ya no dominaban solamente estos factores. Nicolai, no había oído las campanadas en el reloj de los tiempos; se hallaba en el bando de la tradición y no veía lo nuevo. Los acontecimientos demostraron bastante pronto que no tenía razón. Existía una nación alemana y un sentimiento nacional alemán, y fueron obra suya la anulación del pasado, la reconstitución de la libertad del país —mejor de lo que antes lo fuera— y la iniciación del camino hacia la unidad.

Antes de 1806, hay pocos motivos para hablar de la nación alemana. Una sola vez hasta entonces había surgido activa, en los años 1520-25, cuando por un hondo movimiento popular, que alcanzó a todos los círculos, fué abatido y deshecho el dominio de la Iglesia. Entonces, la nación misma había intervenido y arrastrado al ataque a los gobernantes. Luego había vuelto a retirarse al papel de coro que comenta los sucesos con palabras más o menos apropiadas, sin ejercer influencia en la acción. La miseria que dejó tras de sí la guerra de los treinta años había paralizado completamente sus miembros. Si se reflexiona que enton-

ces la población de Alemania había decaído hasta una fracción de su anterior volumen, y el área cultivada del suelo había disminuído enormemente, no se extraña la pasividad o la nulidad que caracterizan la vida pública en los cien años siguientes; se extraña mucho más, que este espantoso agotamiento haya sido superado y hasta con tanta rapidez.

En los tiempos que siguen, hay menos lugar aún en la historia alemana para el punto de vista nacional. El que deseara fundarse en él, pisaría el vacío. La conciencia de la nacionalidad parece dormir, faltando enteramente en la política. Frases típicas ocasionales, como la gratuitamente atribuída al Gran Elector: “Recuerda que eres un alemán”, no tienen significado práctico alguno; no son más que modos de hablar de hermoso sonido, que ni el Gran Elector ni —menos aún— los demás, toman como guía al obrar. La ola de indignación alemana por el despojo territorial de Luis XIV, se evapora sin consecuencias y sólo demuestra que la necesidad nacional no significa lo bastante y es únicamente un sentimiento para períodos de excepción y no una energía viva, sostenedora, de acción constante. Y en la literatura, en el arte, en la vida cívica... ¿de dónde llegaría la conciencia nacional, si todo estaba por el suelo y, en comparación con otros pueblos, se recibía siempre más clara la impresión de cuán poco se valía?

Desde la mitad del siglo XVIII, las cosas cambian; el pueblo alemán ha comenzado a reponerse. Sigue siendo pobre, mucho más pobre que los vecinos, pero tiene de qué vivir y de nuevo puede pensar en obrar. El espíritu alemán ha vuelto a erguirse y a sacudir sus alas. Es como cuando la naturaleza se despierta después de su sueño invernal y pasa por la tierra la primavera. Tal vez la causa es también la misma. Acaso es el hecho de que empiecen a caer las

cadena de la miseria y haya mayor libertad de movimiento y se abran otras posibilidades, lo que trae el rápido y rico desarrollo de las fuerzas creadoras, que comienza hacia mediados del siglo XVIII, y frente al cual nos hallamos siempre como ante un milagro.

No podemos abismarnos en este magnífico drama. Por desgracia, ni ha sido descrito como se merece. Tampoco la grandiosa "Historia de la Literatura del Siglo XVIII", de Hermann Hettner, es justa con él, porque, por una prevención unilateral por las ideas cosmopolitas, fundamentalmente humanas, no presta la misma atenta observación al despertar del sentimiento y de la conciencia nacionales. Y, sin embargo, no cabe duda alguna; la literatura clásica nacional de los alemanes, que comienza a surgir alrededor de 1750, está influida principalmente, en verdad, por la gran corriente del "iluminismo" (1), que entonces arrastraba consigo a toda Europa; pero, al lado de esta melodía principal, resuena en ella, no tan a menudo y, sin embargo, no menos perceptible, otro motivo: el nacional. Se aspira a ser, no sólo "hombre" y "espíritu libre", sino también "alemán", y con el curso del tiempo, al ver de cuánto se es capaz, y también de qué modo se es considerado en el exterior, se halla de nuevo el orgullo de ser "un alemán".

Ya el primer gran poeta a quien admiró toda Alemania, y con el que solemos abrir la serie de nuestros "clásicos" en la clasificación escolar —Klopstock—, ¡cómo está, sin embargo, lleno, hinchado, envanecido de su sentimiento de ser un alemán! Antes de elegir como tema de su gran poema, la historia de la encarnación humana de Dios, pensó, siendo todavía un estudiante de veinte años, en cantar,

(1) Empleamos esta palabra —de "Aufklärung" (esclarecimiento)— para expresar mejor el concepto alemán del movimiento enciclopedista o de libre examen. (N. del T.).

como en una epopeya, a Arminio el Querusco. Y quince años después, en 1759, creía "que un joven poeta que se sintiera tal, debía elegir sus argumentos en la historia moderna o en la de su patria". Tenía una satisfacción que hoy nos induce a sonreír, al enorgullecerse de poder considerarse a sí mismo como a un descendiente de pura cepa querusca, "porque se debía exclusivamente a estos antepasados, que los alemanes no hablen ahora semirromano, como los franceses". En sus odas suena por vez primera en muchos siglos, quizá absolutamente por vez primera en la poesía alemana, el himno al amor generoso pronto al sacrificio por la patria.

Hoy, pues, más que nunca, cabe recordar las palabras con las que saludaba a su patria, en el año 1768, el primer gran poeta de Alemania:

"¡De gloria milenaria su frente coronada!
¡Y más que muchos pueblos, erguida va marchando,
Con andar de inmortal, mi Patria amada!
¡Sé indulgente conmigo, que callo... meditando,
En la terrible y noble idea, de ser digno de ti, Patria adorada!"

Hasta en la debilidad más sensible de su nación supo dar justamente este poeta patriótico, en su oda sobre la "Exagerada estimación de los extranjeros" (1781):

"¡Menospreciáis, pues, a vuestra Patria,
Alemanes nada alemanes,
Cuando boquiabiertos y clavada la vista,
Embobados, admiráis al extranjero!
¡Él os desdeña, al odiar tal sentimiento servil!
¡Jamás ese extranjero que preferís,
Pensó él preferir a otro extranjero!"

El sentimiento nacional de Klopstock era una aspiración aún, sin base real. En efecto, ¿con qué habían con-

tribuído hasta entonces los alemanes al tesoro común de valores espirituales que poseía el occidente? Una sola vez habían tomado, para impulsarlos, los rayos de la rueda del progreso, cuando Martín Lutero dió el empuje al gran movimiento que trajo una nueva era para todos los pueblos del oeste. Desde entonces sólo Leibniz, como un milagro universal del espíritu, asombró a la Europa culta, pero escribió en latín o en francés y no en alemán. En lo demás el mundo no había tenido mayores motivos para ocuparse de los alemanes.

Ahora, sin embargo, ¡con qué rapidez cambió todo eso! Entre 1744 y 1745, Klopstock concibió la idea de la "Mesíada"; en 1748 aparecieron los primeros tres cantos. En 1755 vieron la luz las "Reflexiones acerca de la imitación de las obras griegas", de Winckelmann: se anunciaba el gran conocedor y crítico del arte antiguo que inaugura un nuevo período de la cultura europea. En el mismo año comenzó Kant su actividad docente. En 1771 Goethe dió principio al "Fausto", en 1772 a "Goetz de Berlichingen"; en 1779 apareció "Natán el Sabio", de Lessing, la expresión más acabada, pura y noble de todas las grandes ideas que la época del iluminismo haya originado en cualquier país; en 1781 se publicó la "Crítica de la Razón Pura", de Kant. Y ya en 1774 se había impreso el primer libro alemán, que se abrió camino inmediatamente en todo el mundo, en todas partes causó entusiasmo, fué traducido a todos los idiomas e incorporado de golpe a la literatura mundial: el "Werther", de Goethe, que hasta Napoleón llevó consigo en su campaña de Egipto.

Aunque los franceses alardearon cuanto quisieron, de que su lengua dominaba el mundo y su literatura se hablaba en todas partes como en su casa, fué necesario en-

tonces admitir que estaban ya superados: había comenzado para Europa la era del predominio del espíritu alemán.

Todos saben que este vuelo del espíritu alemán se logró con una rebelión consciente, casi sentimental, contra la tiranía del gusto francés, que había mantenido a Alemania encadenada hasta entonces. Todos conocen también el nombre del audaz y victorioso luchador de esta guerra de liberación espiritual: Gotthold Ephraim Lessing. El héroe del iluminismo es para nosotros también el héroe de la libertad nacional. Toda su obra tiene esta trama: ¡guerra a las reglas artísticas francesas, guerra a los modelos franceses, guerra al gusto francés! Tanto en la teoría como en la práctica combatió esa tendencia y la venció, en sus "Cartas Literarias", en las que arrancó su aureola artificial a Gottsched, al profeta de las creencias artísticas extranjeras en Alemania; en la "Dramaturgia Hamburguesa", en la que golpeó, con el mazo de la crítica, los ídolos extranjeros, y, finalmente, en su inmortal "Minna de Barnhelm" en la que, libre, orgulloso y superior, mostró la puerta de calle al espíritu francés que se expandía por el país. ¡Qué insuperable conciencia de sí mismo vibra ya en su frase: "indíquenme que producción del viejo Corneille yo no me atreva a hacer mejor". Sabe que el alemán es superior a su vecino occidental.

Los comienzos de la poesía clásica alemana son nacionales; son alemanes en su raíz, en su germen y expresión, en su contenido y forma, y conscientes de su intención. El joven Goethe es así para nosotros el verdadero intérprete de su época. Más tarde buscó el ideal del arte y de la vida en los griegos, pero comenzó con la admiración por un maestro alemán: Erwin de Steinbach. Halló su primer material dramático en la historia de los tiempos de la Reforma, y tomó de un viejo libro popular el tema de su obra

verdaderamente vital, en la que debía representar, en forma acabada, el eterno e insaciado afán del alma humana, motivo netamente alemán. Y no fué más que el cumplimiento de una evolución que abarcaba ya a casi dos generaciones, cuando Schiller en su "Tell", cantó el himno del amor a la patria libre, hallando la expresión perfecta de lo que hervía en el alma de la poesía alemana desde Klopstock:

*¡Acércate a la Patria querida;
Llévala siempre fija en tu razón!
En ella están las raíces de tu vida.
¡Únela con fuerza a tu corazón!*

Lo que sucedía en los dominios del pensamiento, de la poesía y de la filosofía, se repetía exactamente en aquel arte que más que cualquier otro refleja la vida sentimental de un pueblo: la música. Casi más que en otros países, también en Alemania dominaba la música italiana. En la segunda mitad del siglo XVIII, empieza un afortunado esfuerzo para libertarse de esa influencia extranjera, para hablar la lengua propia también con las notas, y encontrar para el sentimiento alemán una expresión alemana propia.

Cultivada primeramente en Mannheim, en la corte del elector palatino —el elector Carlos Teodoro y su hermano Dalberg se preocuparon tanto del teatro nacional alemán como de la ópera alemana—, creció esta "música alemana" muy rápidamente hasta una elevada perfección y una fama europea. Un inglés que viajaba por ese entonces por Alemania, Lord Fordice, opinaba ya que la táctica prusiana y la música de Mannheim elevaban a los alemanes por sobre todos los pueblos. También el emperador José II cultivó idénticas preocupaciones; pertenecían al vasto programa con que esperaba asegurar al imperio austríaco renovado y

modernizado la jefatura de la nación. En el año 1776 fundó en Viena el "Teatro Nacional" alemán y eliminó el ballet y la ópera italiana; en su lugar en 1778 inauguró la Ópera alemana, el "Nationalsingspiel". Berlín poseía ya desde el año 1771 una Ópera alemana, por cierto en oposición al rey, que en música prefería el gusto italiano, de la misma manera que en la literatura se sometía al francés. Pero Viena tuvo la gran suerte de tener al artista genial, que satisfizo con sus creaciones las necesidades de la nación: Wolfgang Amadeus Mozart. Alumno de los italianos, se sintió, sin embargo, vivamente alemán desde temprano. En sus cartas halla esto, casualmente, una vigorosa expresión. "Tierra de los tudescos, mi querida patria, de la que estoy orgulloso", dice alguna vez. Lo ponía fuera de sí el hecho de que se cantara en idioma italiano en los escenarios alemanes. "El idioma tudesco ¿no es tan hermoso para el canto como el francés y el inglés?..."; "Si hubiera un solo patriota en las tablas, todo tendría otro aspecto! Pero —continúa con amarga ironía— ¡entonces prosperaría tal vez hasta florecer el teatro nacional que ya brota tan bellamente, y sería una eterna infamia para la patria tudesca si nosotros los tudescos comenzáramos de una vez, seriamente, a pensar en tudesco, a obrar en tudesco, a hablar y aun a... cantar en tudesco!". Sin embargo, él mismo comenzó a hacerlo y la nación coincidió con su canto. "El rapto en el serrallo", que se estrenó en 1783 en Viena, es la primera ópera alemana que representa al mismo tiempo una obra de arte de perdurable valor, y en "La flauta mágica" el maestro moribundo dice la palabra con que, según la expresión de su biógrafo Otto Jahn, "abrió a su pueblo el santuario del arte nacional". Y el pueblo lo comprendió, porque, inmediatamente y por doquiera, "La flauta mágica" penetró en el alma de la nación como nunca lo hiciera antes una obra de arte musical.